

Marichal define a Ortega como al intelectual que quiso, desde muy joven, *no-ser Unamuno*, y que extendió la política como educadora del pueblo. Quizá de Azaña, pueda decirse de manera sintética, esto que señala Marichal: «mantenía que no había habido verdaderamente un Estado en España desde los tiempos de los *ilustrados* del siglo XVIII». Con Negrín cierra Marichal esta búsqueda de nuestros más inmediatos (y críticos) orígenes democráticos. Tarea, pues, la de este libro de restitución y visión.

¿Qué? La eternidad

Marguerite Yourcenar

Traducción de Emma Calatayud
Alfaguara, 1990.

Con este título rimbaudiano concluye la obra de la gran escritora belga Marguerite Yourcenar; no sé si una gran novelista (aunque *Opus Nigrum* es una obra excelente), pero sí una gran escritora. Quiero decir que no es el género sino la facultad encantatoria y lúcida de su escritura la que la constituye en una creadora excepcional, autora de obras tan inolvidables como *Recordatorios*, *Archivos del Norte*, *Como el agua que fluye*, *Memorias de Adriano*, etcétera. Este último libro es la reconstrucción de su mundo de niña y adolescente. Como en otros escritos autobiográficos, Yourcenar refleja no el yo sino el mundo que vivió esa persona. Gran lección sesgada. Lo que aparece es el mundo, visto desde la madurez, con la ayuda del acarreo de la erudición histórica y de los archivos familiares (cartas, recuerdos de los familiares y amigos, fotos, sutilmente, casi proustinamente) interrogados por una mirada inteligente y compasiva, lúcida y amorosa. Yourcenar disuelve los datos en la narración, en la novelización dando a lo histórico la calidad de la fábula, de lo imaginario y, reversiblemente, a lo novelístico el valor de mostrar el curso de la vida.

Los siete pilares de la sabiduría

T. E. Lawrence

Traducción de Alberto Cardín
Júcar, Madrid, 1989.

No es necesario recordar lo que han dicho Borges y tantos otros grandes escritores sobre este libro: ya es un clásico y un libro de una gran singularidad. Ahora podemos

volver a leerlo en una magnífica traducción del ensayista Alberto Cardín.

Thomas Edward Lawrence, llamado Lawrence de Arabia, fue un escritor y agente político británico nacido en Tremedoc, País de Gales, en 1888 y fallecido en Moreton, Dorsetshire, en 1935 de un accidente de moto o tal vez no tan accidental. Tras estudiar en Oxford participó en diversas excavaciones en Oriente medio y Egipto. Era un hombre de una cierta erudición clásica (tradujo a Homero) y con conocimientos amplios de historia. En enero de 1914 se unió al Sinai survey de lord Kitchener, servicio militar de inteligencia disfrazado de empresa topográfica, y, poco después entró en la oficina árabe de El Cairo. Aliado al príncipe Faysal, líder del ejército árabe de liberación, dirigió sus operaciones tácticas y se apoderó de al-Aqaba, después de muchas vicisitudes y controversias, políticas y personales. Su apoyo permitió al general Allenby vencer en Gaza y entrar posteriormente en Damasco con Lawrence que soñaba en la fundación de una gran nación árabe ligada al imperio británico. Esto dio juego a una confusión de imágenes de Lawrence respecto al mundo árabe y una cierta utilización del líder por parte de la inteligencia británica. Gran Bretaña y Francia se habían repartido ya, en el Tratado de Sykes-Picot (1916) los territorios ocupados aún por los turcos. Este reparto fue confirmado en Versalles en 1919. Lawrence, que había sido consciente del engaño, abandonó sus actividades y se alistó en la R.A.F. con nombre falso, pero fue descubierto. Después de algunos avatares acabó trabajando (1930-35) en lanchas y motores de automóviles. Esta obra que nuevamente se publica en España salió a la luz en edición muy reducida en 1926. Un año después publicó *Revuelta en el desierto* y, en edición póstuma, *La mina* (1955).

Autobiografía, 1872-1914

Bertrand Russell

Edhasa, Barcelona, 1990.

Bertrand Russell (1872-1970), llamado Bertie por sus amigos, fue un hombre peculiar, muy inglés, incluso en sus disidencias. Este diario, que lo es gracias a sus cartas (pertenecientes a Russell y algunos interlocutores públicos y privados), está redactado en 1949 y publicado en inglés en 1967. En él apenas si expone el desarrollo de sus ideas filosóficas y políticas, aunque hay muchas referencias a la elaboración de estas ideas. Quizá no lo hizo por-

que es un trabajo que desarrolló de manera teórica en otros escritos. El libro está precedido por un pequeño prólogo en el que Russell declara que los dos motivos que han movido su vida han sido el deseo del amor y el del conocimiento. Es verdad que estuvo dedicado con gran intensidad a la lógica. El creyó que las matemáticas podían explicarse a través de la lógica. Estas memorias nos muestran a un hombre que parece enfrentarse con la inmediatez de la vida. Sorprenden sus larguísima períodos de abstinencia y el poco interés que se tomó por las artes en general. Es curiosa su amistad con el gran traductor e introductor de la cultura griega clásica, su mención de Eliot que fue alumno suyo y en el que no se detiene demasiado, o algo que parece un lapsus, el olvido en estas páginas de Wittgenstein, que fue alumno suyo, y a quien conoció en 1911. ¿Por qué? No lo sabemos, pero este libro incurre en ausencias significativas. Aunque hay presencias retratadas con gracia e interés, como sus referencias a Whitehead con quien escribió una de sus principales obras. De cualquier forma nos muestra su carácter controvertido (como su inteligencia), sus extremidades, su pacifismo a ultranza, sus crisis intelectuales, sus múltiples matrimonios, casi como un guardian que aparece y desaparece sin grandes sorpresas, su curiosa relación con la victoriana tía Agatha, su sencillez y excéntrica manera de estar en nuestro siglo.

Ezra Pound

Noel Stock,

Traducción de Ana Sánchez,

Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990.

Las ediciones de Alfonso el Magnánimo cuenta ya con algunas obras en su catálogo de principal interés en el mundo editorial. Por poner un par de ejemplos: la biografía de Baudelaire de Claude Pichois y Jean Ziegler, y las obras completas de Juan Gil-Albert. La biografía que ahora publica de Ezra Pound es importante: no contábamos en nuestras letras —que yo sepa— con una obra de tal extensión y erudición sobre uno de los poetas más importantes del siglo XX. Ezra Pound nació en Hailey (Idaho), el 30 de octubre de 1895 y murió en Venecia el 1 de noviembre de 1972 siendo enterrado en el cementerio de la isla de San Michele.

El lector de este libro podrá encontrar a una figura contradictoria y singular, sensible y ampulosa, a un gran poeta y crítico perspicaz y, también, a un poeta menor y a un

crítico despistado y excéntrico. Pound, como sus propios *Cantares*, fue un hombre desmesurado. Noel Stock bucea y pone en pie al joven Pound agitador de las nuevas corrientes literarias, o más exactamente de algunos nombres —desconocidos entonces— que él daría a conocer en revistas como *Poetry* (Chicago): me refiero a Eliot, Robert Frost, W. B. Yeats. Además hizo posible la edición de *El retrato de un artista adolescente* (1916) y del *Ulises* (1922), obras que defendió con tenacidad además de procurar para su autor todo tipo de ayudas económicas. Lector lúcido, corrigió el borrador de *The Waste Land* de Eliot, cuya edición facsimil (con las correcciones de Pound) editó en 1971 la viuda de Eliot, Valerie Eliot.

Pound comenzó los cantos —sin mucha conciencia de las proporciones y del mundo que este libro contendría— en 1915. Stock cita a Pound al respecto: «Estoy trabajando también un poema criselefantino de una longitud inconmensurable que me tendrá ocupado las próximas cuatro décadas a menos que acabe siendo un aburrimiento». En realidad le ocupó el resto de su vida.

La controversia fascista de Pound no queda aclarada del todo en este libro. Tampoco está oscurificada. Quizás, es cierto, hubiera necesitado demasiadas páginas y citas de documentos, además de cierto trabajo ensayístico que mostrara el mundo ideológico de Pound y su afinidad con el fascismo. La historia que sigue es bien conocida. Con la entrada de los aliados en Italia Pound fue detenido y después de varios meses de arresto en un campo donde habían confinado a los mayores criminales del ejército americano, fue enviado a Estados Unidos, donde fue analizado por psiquiatras e internado en el hospital St. Elizabeths desde 1945 a 1958 fecha en que fue expulsado del país: murió taciturno y descontento de lo que había escrito. En una entrevista confesó que había llegado a comprender lo que importaba pero que ya era demasiado tarde. No sabemos lo que comprendió; pero nos queda su inmensa obra.

Cancionero

Guido Cavalcanti

Edición de Juan Ramón Masoliver, Siruela, Madrid, 1990.

Excelente introducción y traducción de Juan Ramón Masoliver, quien ya nos tiene acostumbrado a su rigurosidad y bien hacer tanto en la crítica como en la traducción, dos actitudes del escritor poco valoradas en nuestro país pero

que son, en cualquier cultura que se precie, de una importancia central.

Cavalcanti, el primer gran poeta italiano murió el mismo año que Dante comenzó su magna obra, la *Divina comedia*, es, quizá, el mayor representante del Dolce Stil Novo (poetas traducidos, también, por Masoliver). Esta traducción quizá sea —según indica el editor— la primera que se hace completa en cualquier lengua. Masoliver hace referencia en varias ocasiones a Ezra Pound de quien fue amigo y con quien se sintió acicateado en sus estudios de los cancioneros. Masoliver publicó anteriormente de Cavalcanti, *Rimas* (1976) y lo introdujo en su antología de *Dolce Stil Novo* (1983).

Cuentos populares italianos

Italo Calvino

Traducción Carlos Gardinía

2 vols. Siruela, Madrid, 1990.

Magnífica edición en dos volúmenes de la conocida labor de Calvino (de quien la misma editorial está editando su obra completa) como recopilador y traductor (de los dialectos) de los cuentos populares italianos. De esta manera Calvino se suma a la prestigiosa lista de recopiladores y elaboradores de cuentos, como Charles Perrault (1628-1703), los hermanos Grimm, Guillermo y Jacobo (1786-1859 y 1785-1863), Hans Christian Andersen (1805-75) y algunos otros.

Esta obra viene acompañada de un extenso prólogo de Calvino en el que teoriza sobre el cuento popular y hace historia del mismo. Señala así que fue debido al estudio del folclore de la generación positivista para que algunos recopiladores escribieran al dictado de nuestras abuelas; de esta manera, Angelo De Gubernatis en Siena, Vittorio Imbriani en Florencia, Campania y Lombardía, Domenico Comparetti en Pisa y Giuseppe Pitré en Sicilia comenzaron a rescatar el relato oral. De esta manera «en los últimos treinta años del siglo, y por obra de estos nunca bien ponderados «demopsicólogos» (como por un tiempo quisieron llamarse, con un término acuñado por Pitré), se acumuló una montaña de narraciones surgida de la boca del pueblo en varios dialectos», escribe Calvino. La labor del gran escritor italiano ha sido llenar una laguna importante. Se carecía en Italia de una compilación de cuentos populares de toda la nación que fuera a un tiempo un libro grato de leer. Lo que aquí podemos encontrar, treinta y cuatro años después de la primera edición original, puede resumirse en estas palabras del compilador: «Quien sepa lo raro que resulta, en la poesía popular (y no popular), construir un sueño sin refugiarse en la evasión, apreciará estos extremos de una autociencia que no rehusa la invención de un destino, esta fuerza de la realidad que estalla totalmente en fantasía. Mejor lección, poética y moral, no podrían darnos los cuentos de hadas».

J. M.

